



OCTAGON 2024

**Enfrentar las crisis existenciales:
De Gaza a Europa
y el papel del Sur Global**

Madrid, España | 08 de Noviembre 2024

OCTAGON  N



La oficina editorial de **CAF** se encuentra en:

Common Action Forum
Calle General Pardiñas, 78
28001 Madrid, España

Tel: +34 910 175 850
Email: caf@commonactionforum.net
Website: commonactionforum.net

Este trabajo está licenciado bajo:

**Creative Commons Attribution
4.0 international license**

Diseño: **El Fantasma de Heredia** 2024

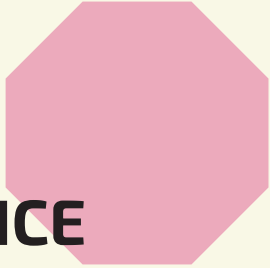
Foto de portada: **Davidlohr Bueso**

OCTAGON 2024

**Enfrentar las crisis existenciales:
De Gaza a Europa y el papel del
Sur Global**

Madrid, España | 08 Noviembre 2024

ÍNDICE



PRESENTACIÓN página 06

ACERCA DE CAF
EL OCTAGON
AVISO LEGAL

PREFACIO página 08

INTRODUCCIÓN página 10

ENFRENTARSE AL LEGADO DEL ORDEN INTERNACIONAL

01_ LAS REPERCUSIONES GEOPOLÍTICAS DEL GENOCIDIO página 12

¿EL FIN DEL «GAZACIDIO»? página 13
SUPERANDO MITOS página 14
SEÑALES INEVITABLES página 15

02_ EL ROMPECABEZAS DE LA EXTREMA DERECHA página 18

DESCIFRANDO EL MANUAL AUTORITARIO página 19
UNA RAZÓN DE SER EUROPEA página 20
DESCOLONIZACIÓN Y NIVELACIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE EUROPA Y EL SUR página 21

03_ ACCIÓN JURÍDICA Y CIVIL página 24

CUANDO LA JUSTICIA SE PONE A PRUEBA página 24
REIVINDICANDO EL DERECHO INTERNACIONAL página 25
EL MOMENTO DE LA SOLIDARIDAD ES AHORA página 26
ACERCA DE LAS MOVILIZACIONES EN LOS CAMPUS DE EE. UU. página 27
RECUPERAR LA SOLIDARIDAD GENUINA página 28
CONSIDERACIONES PRÁCTICAS ACTUALIZADAS PARA LA ACCIÓN JURÍDICA Y CIVIL página 29

04_ ACERCA DE LA PARÁLISIS DE LA ONU página 32

EL MULTILATERALISMO BAJO ATAQUE página 32
HACIA UN PACTO DEL FUTURO página 33
EL *STAKEHOLDERISMO* Y EL FUTURO DE LAS CONFIGURACIONES ALTERNATIVAS página 34

**05_ LA ÚLTIMA FRONTERA: DESARROLLO
Y JUSTICIA MEDIOAMBIENTAL** página 36

LA FIEBRE GLOBAL Y EL VIRUS DE LA MENTALIDAD COLONIAL página 36
DETENER EL EFECTO *BOOMERANG* DE LA INJUSTICIA página 38

CONCLUSIONES página 40

PRESENTACIÓN

6

AVISO LEGAL

Esta publicación incorpora contenido derivado de un foro en el que los participantes expresaron sus propias ideas y pensamientos sobre un tema específico.

Los puntos de vista y opiniones expresados por los participantes son propios y no reflejan necesariamente la posición oficial ni reciben necesariamente el respaldo de la organización que convocó el evento. La organización no se hace responsable de la exactitud, integridad o validez de la información proporcionada por los participantes. Se aconseja a los lectores que evalúen y verifiquen el contenido por sí mismos. La organización se exime de cualquier responsabilidad por cualquier pérdida, daño o inconveniente causado como resultado de la confianza en la información proporcionada en esta publicación.

ACERCA DE CAF

Common Action Forum (CAF) es una fundación transnacional independiente con sede en Madrid, España. CAF actúa como un grupo de reflexión, manteniendo una red global de intelectuales, políticos, periodistas y activistas prominentes y emergentes de diversos orígenes.

Al fomentar el diálogo para consolidar una agenda progresista, CAF facilita espacios para diseñar soluciones a los problemas críticos de nuestro tiempo. Nuestro objetivo es promover la cooperación multinivel y los análisis en profundidad, orientados a las raíces de los desafíos globales.

A diferencia de los relatos cínicos, alarmistas y pesimistas sobre las disfunciones de nuestro mundo, CAF busca narrativas alternativas y propuestas constructivas que aborden las causas fundamentales, no solo los síntomas. Nos mueve la visión de una ciudadanía global empoderada, cosmopolita y democrática, consciente de un territorio común que une y supera las diferencias. En una época de ruido, nos centramos en

las cuestiones existenciales a las que se enfrenta la humanidad: las desigualdades cada vez mayores, el colapso medioambiental, el impacto social de la tecnología y el auge de las políticas neofascistas/xenófobas.

EL OCTAGON

El OCTAGON es una mesa redonda privada que se celebra anualmente, en la que más de 32 intelectuales, activistas y expertos de primer nivel se reúnen para abordar cuestiones vitales concretas de nuestro tiempo. A pesar de ser la más joven, el OCTAGON es la iniciativa más específica y focalizada de CAF. Compuesto por cuatro sesiones principales y funcionando bajo la Regla de Chatham House, su objetivo es propiciar análisis sólidos y propuestas innovadoras que puedan concretarse en acciones políticas y recomendaciones fundamentadas.

Para información más detallada sobre el trabajo, la misión, la visión y los valores de CAF, puede visitar nuestra página web, www.commonactionforum.net

PREFACIO

OCTAGON_2024 se celebró el 8 de noviembre de 2024, inmediatamente después de las elecciones de Estados Unidos (EE. UU.). En el momento de la publicación de este informe, se ha producido un cambio importante para la región en Siria —que no se aborda en este documento— y sigue vigente un frágil alto el fuego en Gaza. A pesar de una importante retirada militar, la violencia continúa en la franja, ahora que miles de supervivientes han regresado a lo que queda de sus hogares y barrios. Las operaciones de las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) y los ataques impunes de los colonos han llevado a la guerra total a Cisjordania. Por ahora, Israel ha rechazado retirarse de los territorios ocupados en Siria y Líbano. Estas líneas están escritas en medio de crecientes amenazas de que el acuerdo se derrumbe de nuevo, poco después de que el gobierno de EE. UU. anunciara su intención de apoderarse de Gaza como una oportunidad inmobiliaria. Esto, dicen, sucederá una vez que los habitantes de Gaza «se trasladen voluntariamente» a países vecinos, como Egipto y Jordania. Ambos rechazan con vehemencia la idea, y este último ha amenazado con la guerra. No porque la transferencia de población sea un crimen internacional del que serían cómplices, sino porque la entienden como un riesgo existencial a su seguridad. Más allá de su manifiesta inviabilidad logística y de la asegurada resistencia de los habitantes de Gaza, este plan ilustra la desfachatez y la frivolidad con las que Estados Unidos respalda actualmente la acción genocida, la limpieza étnica y, en general, el crimen internacional manifiesto.

Como ya insinuó el presidente Trump y se debatió a fondo en OCTAGON_2023, los intentos de poner en práctica este plan están destinados a instrumentalizar y agravar la destrucción genocida de las condiciones de vida en Gaza, alegando razones humanitarias. El número confirmado de muertos de este genocidio roza las 50 mil personas, y se sospecha que las cifras reales son tres veces superiores. El 80% de la franja está en ruinas, con una infraestructura médica y sanitaria gravemente dañada. La desnutrición

y las enfermedades son rampantes. Por su parte, Europa sigue teniendo una respuesta desarticulada y tibia—cuando no de apoyo ciego— a estas acciones, incluso a las puertas de la desestabilización masiva en el Mediterráneo oriental—lo que amenaza con reeditar las oleadas de refugiados que paralizaron su política en 2015. La campaña de desprestigio contra la Corte Penal Internacional (CPI) encabezada por Occidente ha llevado a las sanciones de EE. UU. contra el fiscal de la corte, Karim Khan, que recuerdan a represalias anteriores contra funcionarios de la corte por investigar crímenes de guerra en Afganistán. Evidentemente, la prevalencia del derecho internacional sigue estando en tela de juicio.

En medio de guerras comerciales cada vez más intensas y amenazas sin precedentes de expansión territorial, EE. UU. se ha enzarzado en una agresiva reforma interna que cada vez parece más un autgolpe de estado. Pese a todo, los pormenores de la actual situación de Estados Unidos y su creciente complicidad con las grandes empresas tecnológicas no se discutirán en profundidad en estas páginas. Centrándose en la interconexión de esta agresión genocida con las recientes metacrisis y cuestiones estructurales e ideológicas, esta edición del OCTAGON pretende explorar el papel del Sur Global en la contienda multilateral, reflexionando también sobre la ola reaccionaria mundial y las formas en que Europa puede llegar a un nuevo equilibrio.

Conscientes de la velocidad a la que cambia la realidad y en consonancia con la vocación de CAF de proponer enfoques estructurales y a largo plazo, las siguientes líneas condensan y actualizan las principales reflexiones del evento, esbozando dilemas, algunas discrepancias y varias preguntas abiertas. Independientemente del momento de la lectura, estamos convencidos de que las ideas presentadas aquí y en informes anteriores pueden resultar útiles para alcanzar un cambio para Palestina, Israel y el mundo, mirando más allá de las mareas inciertas, hacia el horizonte prometido del futuro.

INTRODUCCIÓN: ENFRENTANDO EL LEGADO DEL ORDEN INTERNACIONAL

Aun en bancarrota moral y gravemente socavado, el orden internacional sigue siendo el único marco eficaz para sacar partido de instituciones, normas y reglas existentes. No cabe duda de que Estados Unidos (EE.UU.), en tanto a que promotor histórico de este sistema, ha instrumentalizado el derecho internacional y las instituciones multilaterales para afirmar su dominio y divulgar una narrativa autocomplaciente. Una que lo presenta no ya como garante del Estado de derecho, si no de la justicia *per se*. Sin embargo, el dilema central de la gobernanza global no gira en torno a la naturaleza última del derecho internacional público o a cómo y cuánto ha servido de fachada para defender una narrativa hegemónica. Como todo sistema complejo, esta es el resultado de acciones acumulativas, objetivos colectivos, políticas varias y tendencias. Las intenciones y estrategias tanto de sus diversos fundadores como de sus muchos reformistas son apenas instantes, acotaciones en una historia estructural muy sensible a las prioridades de un equilibrio de poder que es frágil, tanto dentro como fuera del propio sistema. Por consiguiente, la mayoría de las críticas a la utilidad y moralidad de este sistema son a también meras instantáneas y a duras penas pueden abrodarlo en términos de blanco o negro.

En última instancia, el principal dilema que enfrenta la comunidad global es la impunidad misma. Y es que, a margen de sus ideas fundacionales, la utilidad del sistema internacional depende en gran medida de sus custodios.

El auge del iliberalismo, el neonacionalismo y los movimientos reaccionarios, junto con el declive del liberalismo y la socialdemocracia como modelos de gobierno, apuntan al colapso de los valores fundamentales de la civilización occidental. Y

es que las estructuras de poder y las ideologías se adaptan y se refuerzan mutuamente, pero se desgastan de formas distintas. La tensión funcional, dinámica, entre el realismo y el idealismo —entre el pragmatismo de la toma de cotidiana de decisiones y la vocación universal de justicia y verdad— impulsa la capacidad de adaptación de un sistema o la lastra hasta el estancamiento.

Cuando un sistema se vuelve incapaz —o pierde todo interés— a la hora de disimular la incongruencia entre sus acciones y valores, está expresando inequívocamente su declive. Esa tensión dinámica se rompe cuando, después de períodos prolongados de vaciado y abuso, la política real no logra expresar sus propios valores más que como cáscaras retóricas, al servicio de una narrativa abiertamente cínica. En ese momento, caducan sus ideas, y con ellas su propósito civilizatorio. La desconfianza social hacia las mismas solo acelerará su impugnación y, por lo tanto, su sustitución se torna cuestión de tiempo. Pero así como la estructura y el poder intentarán usar esta transición para trasplantarse a un nuevo marco ideológico, las posibilidades de rescatar ideas abandonadas dependerán tanto del daño que recibieron como del ingenio y la voluntad de quienes tomen el relevo. Que el racismo, el supremacismo, la xenofobia y el conflicto religioso —antes subyacentes y hoy a flor de piel— hayan desenmascarado a la democracia occidental no supone que el camino hacia la justicia solo puedan recorrerlo aquellos que ya poseen una moral revisada e impecable. De hecho, hacer frente a la herencia sistémica y ofrecer reparación es un esfuerzo tan generacional como colectivo, que raras veces empezará con una epifanía espontánea a gran escala y una ruptura inmediata y radical con el pasado.

Dejando de lado la urgencia e importancia de los valores ilustrados y demás intentos encomiables de materializar lo universal, cabe recordar que las estructuras que asociamos con la gobernanza

global no se basan únicamente cosmovisiones liberales occidentales, arrogantes y cartesianas. Desde los marcos de derechos humanos, la descolonización y la diplomacia hasta los derechos sociales, la gobernanza indígena o la propia Carta de las Naciones Unidas, los esfuerzos para el desarrollo de nuestro sistema internacional, ahora en decadencia, también han ilustrado las tensiones entre la *realpolitik* hegemónica y un mundo diverso, que ha luchado por una democracia y una emancipación genuinas.

Es innegable que varios actores estatales han facilitado —presumiblemente, varios son cómplices— el genocidio de Gaza. Pero es que también es cierto que la comunidad internacional ha fracasado en primer lugar a la hora de prevenirlo, incentivando y corrigiendo las condiciones en las que lleva fraguando desde hace décadas, no solo desde el 7 de octubre de 2023. El mismo argumento, si no peor, puede esgrimirse en cuanto a los cada vez más inconexos esfuerzos para hacer frente a una amenaza existencial como es la crisis climática. Y es que el sistema internacional, como es bien sabido, es un subproducto de contingencias históricas y dinámicas de poder. Tiene sus raíces en la configuración de posguerra de 1945, y por ende fue moldeado en gran medida por las potencias occidentales. El Sur Global, marginado durante décadas en los espacios de gobernanza mundial, cuestiona cada día más su legitimidad, y el auge de la multipolaridad y los nuevos bloques económicos y políticos, como los BRICS, han complicado incrementalmente la ecuación. Pese a todo, es el Sur Global quien más avala este marco con sus loables esfuerzos: entre otras muchas iniciativas, lo que en el fondo reclaman los casos presentados ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ) es la urgencia y la necesidad de un sistema jurídico internacional que sea verdaderamente vinculante.

El año 2025 y los que le sigan supondrán una oportunidad decisiva para que los movimientos

civiles mundiales reorienten la universalidad, apostando por un nuevo equilibrio entre aspiraciones y posibilidades. Cabe destacar que el mundo en general, y el Sur Global en particular, sigue ofreciendo una asombrosa mezcla de creatividad joven y dinámica y de sabidurías ancestrales arraigadas y universales, al menos para quienes sepan donde buscar. Y es que, junto a la creatividad, los conocimientos tradicionales y las cosmogonías ancestrales esconden un enorme potencial para re-insertar nuestra desarraigada noción de la experiencia humana en sistemas más amplios a los que inevitablemente ya pertenece, algo que transformaría nuestras prioridades y nuestros modelos organizativos y de producción. Aunque no podamos recuperarlo en un día, comprender y abordar los defectos de todo el conjunto multilateral es la única opción real para limitar la amenaza que sigue derivándose de su mala gestión. Navegar por las tensiones entre el orden internacional existente y la necesidad urgente de un cambio transformador será el desafío definitorio de nuestro tiempo. Por imperfecto que sea, el sistema actual sigue siendo el único marco a través del cual se puede participar en la acción global. Recuperarlo y reorientarlo de manera que dé prioridad a la justicia, la equidad y el bien común exigirá esfuerzos colectivos que puedan trascender fronteras, ideologías y generaciones

LAS REPERCUSIONES GEOPOLÍTICAS DEL GENOCIDIO



Mientras se ultimaba este informe, se confirmó que el presidente Trump apoyaría un plan *de facto* de anexión y asentamiento ilegal, vía una supuesta entrega del territorio gazatí a la administración estadounidense, tras la limpieza étnica «voluntaria» de su población. Y aunque la administración Biden no se comprometiera en su momento a detener este previsible resultado, no es aventurado pensar que Trump no hubiera financiado tan sistemáticamente los esfuerzos genocidas de Israel si hubiera estado en su lugar cuando estalló esta fase del conflicto. Por mucho que represente una amenaza real para todo el sistema multilateral —como demuestra la continua serie de crisis internacionales que ha provocado en estas primeras semanas en el cargo—, si el estilo presidencial de Trump se parece en absoluto al de su primer mandato, su marca personal de transaccionalismo esconderá vías para avanzar en cambios positivos.

Las promesas electorales de pacificación en Ucrania y Oriente Medio han dado paso a una mezcla de discursos pretenciosos, amenazas, aparentes tácticas de distracción, impactos económicos y a la revitalización de las transferencias de fondos y activos militares. Por mucho que el mundo sea plenamente del impacto del intervencionismo estadounidense, este aparente cambio de prioridades debería recordarnos que enfrentamos hegemonía que se desmorona, tan impulsado por un aislacionismo ambivalente como por caprichos personales. Con todo, siempre fue seguro asumir que la segunda presidencia de Trump no sería favorable a una paz verdadera en Israel-Palestina. Se sustentará en los mismos principios que les llevaron a trasladar la embajada de Estados Unidos a Jerusalén y a reconocer la anexión ilegal de los Altos del Golán, llegando incluso a incorporar la continuidad de los asentamientos ilegales en todos los tratados bilaterales entre ambas naciones. A pesar de la influencia incontrolada del *American Israel Public Affairs Committee* (AIPAC) en todo el espectro político dominante de la política

estadounidense, el sionismo extremista propio del cristianismo evangélico tiene una influencia particular en actual Partido Republicano. Este fenómeno se extiende mucho más allá de sus fronteras, a través de la toda región, el peso de las cohortes evangélicas se ha convertido en un factor determinante en los procesos electorales de la última década.

Tampoco es aventurado señalar que la creciente multipolaridad y el auge político del Sur Global mediante espacios como los BRICS no han supuesto una palanca eficaz en lo que respecta a la cuestión Palestina. Ni siquiera ante un genocidio tan sistemáticamente documentado que ha obligado a la CPI y a la CIJ a adoptar posiciones contrarias a las de sus promotores occidentales. Es probable que esto se deba a las prioridades geopolíticas actuales de algunos de sus grandes actores, como India, así como al enfoque siempre pragmático de China. Es difícil esperar reacciones reales de esta última ante el estridente silencio que los principales Estados del Golfo exhiben frente a un conflicto tan capital para la región. Aunque de forma fragmentaria, sí es cierto que los actores medianos del Sur han liderado los impulsos más decisivos, como el caso de Sudáfrica en la CIJ, el embargo de armas de Turquía y los esfuerzos de Malasia para expulsar a Israel del marco de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Cabe esperar que la ambivalencia mencionada anteriormente y las tácticas de negociación teatrales y matonistas de Trump sacudan a medio plazo los sistemas internacionales que sustentan el comercio, las finanzas y la política exterior. Esto dejaría en manos de diversas configuraciones regionales la tarea tantear el terreno, sondeando espacios posibles para el avance independiente. Su potencial económico y productivo y sus depósitos de recursos estratégicos en una era de creciente competencia, redirigirán la mirada del mundo hacia África, Asia y América Latina. En el futuro, más que seguramente, las elecciones que tomen alianzas como los BRICS

serán determinantes, tanto lo que se refiere a sus aspiraciones globales como a su operatividad, la gestión de su diversidad y disensos internos, y la expansión de la membresía.

¿EL FIN DEL «GAZACIDIO»?

Se han cruzado todas las líneas rojas imaginables. El genocidio de Gaza se ha llevado a cabo con total desprecio a las medidas provisionales de la CIJ y a las órdenes de arresto de la CPI contra altos funcionarios israelíes. No hay espacio suficiente en este informe para describir el alcance de las atrocidades perpetradas en la Franja, el Líbano y ahora de nuevo en Cisjordania. Para una revisión precisa y actualizada, sin importar el momento de lectura, animamos al lector a consultar el trabajo de Amnistía Internacional, Bt'selem, Human Rights Watch y de la Relatoría Especial de la ONU sobre los Territorios Palestinos Ocupados y sus respectivas fuentes. De cualquier manera, el golpe atestado al derecho internacional y sus instituciones no es solo reputacional o simbólico. Este genocidio no solo ha llevado el precedente de impunidad legal y militar a límites inimaginables, también ha puesto de manifiesto el descarado desdén que las potencias hegemónicas demuestran hacia sus propias reglas, ahora que apenas se esfuerzan en fingir que las cumplen, así como los sombríos presagios que ese comportamiento augura.

Su capacidad para fabricar y difundir narrativas deshumanizadoras, con el objetivo de mitigar el *shock* civil y la disidencia en las «metrópolis», parece haber dado sus frutos. Una combinación de control del relato en medios tradicionales, censura algorítmica y ruido digital ha impedido que muchas posiciones nacionales se desmoronen ante una situación que de otro modo habría sido insostenible. EE.UU., guardián del orden internacional, no solo está facilitando asistencia material, sino que está librando la mayor parte de la batalla narrativa

del lado de un actor genocida. Tanto es así que la candidatura demócrata a las recientes elecciones consideró de restar importancia a un genocidio subvencionado por los por el contribuyente y retransmitido en directo durante más de dos años era un coste político asumible. Tanto como la represión violenta de las protestas universitarias. Al *status quo* occidental simplemente ya no parece importarle quién está mirando. Y pese a todo, el daño sociológico a medio plazo de este proceso y la dirección en la que previsiblemente seguirá impulsando la transformación institucional del Norte global en el futuro no parecen halagüeños, especialmente en EE. UU.

En cualquier caso resulta imperioso realizar un análisis preciso del equilibrio actual de fuerzas. Con optimismo o sin él, muchos parecen creer que con esta última prueba de fuego a su impunidad, Israel ha obtenido finalmente carta blanca para la gestión de su seguridad. Muchas capitales respaldan esta idea, dado que el éxito militar ha sido abrumador, al ver aplastado el Eje de la Resistencia. Sin embargo, asumir por completo a esa idea puede tener consecuencias terribles. Aunque están significativamente debilitados, Hezbolá y Hamás siguen ahí, e Irán puede no ser tan vulnerable como las naciones occidentales parecen clamar. Dejar que esta narrativa prevalezca sobre las circunstancias reales en el terreno no solo alentaría a Israel a una anexión completa y a continuar con la agresión a la integridad territorial de sus vecinos, sino que supondría un triunfo para una nueva política exterior estadounidense de la desestabilización; así como para el relato de las fuerzas de extrema derecha en Europa. Todo esto aparejado por un más que probable aumento de la presión económica de las sanciones contra Irán. En líneas generales, esto corre el riesgo de debilitar el equilibrio geopolítico del Mediterráneo y Oriente Medio hasta su expresión más frágil de los últimos 100 años.

A medida que Israel se retira del corredor de Netzarim en Gaza, en febrero de 2025, muchos se sienten tentados a argumentar que el «gazacidio» ha terminado. Es imprescindible recordar que **incluso si el frágil acuerdo de alto el fuego se mantiene, la escalada de las agresiones israelíes en Cisjordania y la promesa subyacente de limpieza étnica de Gaza sugieren que se seguirá atentado contra las condiciones de vida básicas de los gazatíes retornados, como excusa para expulsarlos de su patria. El Gazacidio en ningún caso ha terminado.** En este momento, como muchos coincidieron durante el OCTAGON en noviembre de 2024, lo único que aparentemente podría detener el genocidio en seco un vuelco geopolítico dramático en la región, que implique directamente a los intereses de EE. UU. o la posición de Irán y los Estados del Golfo. Para entonces, el daño, además del causado a los propios palestinos, será incalculable.

SUPERANDO MITOS

El dilema en torno a la falta de unidad nacional en la política palestina sigue vigente. En su forma actual, la Autoridad Palestina (AP) sigue siendo un liderazgo deslegitimado y cooptado, tan incapaz como poco dispuesto a cuestionar la naturaleza y el origen de su poder. Sin un movimiento nacional palestino reconstituido, es de esperar que la AP se conforme con las migajas que llegan de Washington y Tel Aviv, obstaculizando aún más esfuerzos internacionales para hacer justicia. Este enfoque solo les mantendrá al frente de bantustanes cada vez más pequeños. En cuanto a la narrativa, cuatro principios unen todavía a los palestinos a nivel social: unidad del pueblo, unidad de la lucha, unidad de la historia y unidad de la causa. En sus palabras, tanto como en sus políticas, la actual AP está en desacuerdo con todos ellos, validando y operando bajo un paradigma de fragmentación y partición que sofoca todo intento de unidad. Más

allá del hecho de que una Autoridad Palestina débil y servil ha sido un factor facilitador en el avance del asentamiento y la prevalencia de la política israelí y estadounidense; hay que señalar que ambos países también son directamente responsables de su estado actual, ya que bloquearon las elecciones democráticas libres en 2021. Como se analiza en detalle en OCTAGON_2021 y 2022, el sistema de proporcionalidad habría garantizado que ningún partido pudiera obtener una mayoría clara. El proceso, sin duda, habría puesto en marcha un necesario diálogo imprescindible para la renovación del aparato. Esto habría conducido a un gobierno/liderazgo de consenso del que la AP actual reniega, y al reconocimiento institucional de la amplia gama de voces que consitituye la actual Palestina —entre las que una mayoría ya ha dejado atrás el marco fallido de Oslo.

El postureo diplomático internacional en torno a la aplicación de la solución de dos Estados, con iniciativas como la Conferencia de Paz de Arabia Saudí, corren el riesgo de desperdiciar tiempo, energía y recursos en torno a un tratado que fue diseñado para fracasar y que lo hizo miserablemente. Como se aborda a fondo en OCTAGON_2021, **la solución de dos Estados se basó en dos premisas que el mundo no volverá a aceptar: una es que Israel estaba dispuesto a alcanzar un compromiso, y la otra es que Estados Unidos podría ser un mediador imparcial.** Como se ha mencionado, las circunstancias actuales apuntan a la destitución masiva de comunidades palestinas en Cisjordania y al intento de una limpieza étnica total en Gaza. **La única solución genuina sigue siendo trabajar por un Estado único y democrático.** En un futuro inmediato, casi todos los espacios de negociación brindarán ocasiones para tantear el terreno. Ostensiblemente, agunos serán oportunidades para el diálogo y para explorar las posiciones de partes interesadas cruciales. Sin embargo, debemos tener siempre en mente que estos espacios también plantean riesgos reales de

institucionalizar marcos sin salida y desmovilizar al movimiento pro-solidaridad. Más allá del derecho inalienable de los israelíes a vivir una vida segura y digna, idéntico al de todo ser humano, cualquier paradigma que no aborde al Israel actual como un régimen de *apartheid* etnorreligioso, colonial y militarista acabará obstaculizando la seguridad, las libertades y la autodeterminación de los palestinos.

SEÑALES INEVITABLES

Las características técnicas de este genocidio son reveladoras: las amenazas de guerra total en el presente, no ya en el futuro, se han vuelto aún más tangibles en un mundo marcado por una crisis política y atrapado en escaladas de tensiones y competencia estratégica. **El complejo militar-industrial global está al volante, alimentando políticas de «paz armada» y desplazando la agenda climática incluso cuando el colapso ambiental es un elemento significativo de este círculo vicioso.** Israel y su resiliencia social se están desmoronando. Aunque el genocidio de Gaza cuenta con el apoyo de la mayoría de la población, la ingobernabilidad y la polarización social aceleradas son las consecuencias tangibles y previsibles de la ocupación, la impunidad de los colonos, la militarización masiva, el *apartheid* y la descarada ingeniería sociodemográfica —como se aborda ampliamente en OCTAGON_2022. Esto incluye dificultades de reclutamiento, una reputación internacional y una marca nacional gravemente dañadas, coaliciones políticas inestables en una Knesset cada vez más conflictiva, crisis de separación de poderes, tensiones sociales, disturbios civiles, etc. Cara a constituir un movimiento global pro-justicia, pero también para tratar de mitigar la desestabilización regional y global, las fuerzas anti-*apartheid* deberán considerar estos factores en tanto a que riesgos militares, pero también como vulnerabilidades estratégicas.

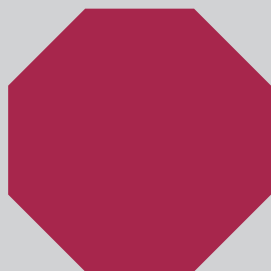
Mientras se redactan estas líneas, EE. UU. ha declarado su intención de expresa de administrar Gaza después de su limpieza étnica, asumiendo la reconstrucción de sus infraestructuras una vez que Israel haya reubicado «voluntariamente» a la población. Dejando de lado no pocas consideraciones sobre la viabilidad de este plan, cabe destacar que dos meses antes, el OCTAGON_2024 ya había asumido que Estados Unidos intentaría apoyarse en terceros países para mantener aislada la administración de Gaza y facilitar la llegada de colonos mientras Israel aceleraba la desposesión y la fragmentación en de Cisjordania. *De facto*, esto su pone liquidar la posibilidad de un Estado palestino capaz de autodeterminarse, algo que la Ley Básica israelí ya ha prohibido *de iure*, con apoyo parlamentario casi unánime. El aumento de los traslados forzosos de población; una poco comentada deriva hacia fundamentalismo religioso; la normalización y proliferación de medios de comunicación controlados por el Estado; la represión de la disidencia—incluidos los objetores de conciencia e incluso profesores—; marcos legales que facilitan la guetización, la ocupación y la ciudadanía condicional; las detenciones arbitrarias; la impunidad de los colonos; y el lenguaje deshumanizador generalizado—incluida la intención genocida y los planes de limpieza étnica en Gaza—que sustentan este genocidio manifiesto... todos ellos factores sobradamente conocidos por la historia que señalan el auge de un régimen cuasi-fascista.





Foto_ **J Stimp**_CC BY 2.0

EL ROMPECABEZAS DE LA EXTREMA DERECHA



Como se expone anteriormente, en las elecciones estadounidenses de noviembre, tras una amplia represión contra el uso de la libertad de expresión en campus universitarios de todo el país y tras haber financiado sin complejos una guerra genocida con miles de millones de dólares de dinero público, el partido Demócrata lo apostó todo a responsabilizar a sus propios votantes alienados del posible retorno de Trump. Con un discurso electoral que no ofrecía nada a los votantes de clase trabajadora, perdidos hace tiempo, pero tampoco a los movimientos sociales, su tesis electoral la gente podía resumirse en que la gente estaba fallándole a los políticos y no al revés. Su enfoque radicalmente centrista y políticamente desconectado de la realidad llegó a glorificar el apoyo de Dick y Liz Cheney o incluso el de Jeb Bush, mientras esperaban movilizar al votante progresista con miedos y culpa.

Aunque probablemente no tan explícita, la dinámica de Europa con la extrema derecha puede atribuirse a fracasos políticos y factores tecnológicos muy similares. Incluso teniendo en cuenta posibles efectos repulsivos, es esperable que el regreso de Donald Trump y su estilo cada vez más matonista en la política nacional e internacional motive el auge de la extrema derecha en todo el mundo, especialmente en la Unión Europea (UE). En sí mismo, esto puede constituir el desmoronamiento último de los valores liberales europeos, con los propios europeos como verdugos y testigos. En realidad, la segunda presidencia de Trump es tanto un síntoma como un factor en este proceso. Sin embargo, **la aceleración de estas tendencias de disolución también encierra un potencial** cristizador para el progresismo que aún no ha sido explorado. Es muy posible que provoque algo más que rectificaciones insustanciales y confusas de rumbo por parte de las élites tecnocráticas de la Unión, e incluso que reavive el aliento perdido de la sociedad civil europea. Impulsadas por la extrema derecha, el retorno de

nociones como la soberanía y la patria en el debate público también ofrece oportunidades de interés para revisar colectivamente las formas en que las naciones occidentales y otros estados utilizan selectivamente las identidades nacionales, los sentimientos y la autodeterminación en búsqueda del poder.

DESCIFRANDO EL MANUAL AUTORITARIO

Sería demasiado simplista enmarcar el resultado de sus últimas elecciones en eslóganes como «el auge del fascismo» en Estados Unidos. Estamos siendo testigos de la insostenibilidad del orden de posguerra y el estilo de vida estadounidense. Esto es especialmente observable en la dinámica con la que la metrópolis ha favorecido sistemáticamente la concentración masiva de riqueza en una oligarquía cada vez más reducida, arrebatándosela al ciudadano de a pie. Recurrir a narrativas xenófobas o contra las minorías no es solo un chivo expiatorio de lo más conveniente, sino también una estrategia muy atractiva para magnates corporativos que necesitan distraer al público de la única solución disponible a sus problemas reales: subir los impuestos a los ultrarricos, controlar el capital especulativo y regular las actividades digitales. Esta simbiosis ayudará a financiar y afianzar a políticos autoritarios y a asegurar los intereses nacionales e internacionales de las grandes corporaciones —incluyendo su inmunidad jurídica *de facto*, el estrangulamiento de la competencia, las subvenciones públicas, una política exterior servilista, etc—. Esto supondrá posponer debates fundamentales como la redistribución de la riqueza en tiempos de feudalismo tecnológico, inteligencia Artificial (IA) y automatización en masa. Cuanto más tiempo permanezcan las mayorías sociales atrapadas en una carrera populista hacia el abismo —movidas por la desinformación, las falsas soluciones y los

falsos culpables para asegurar un bienestar que se desmorona—, más tiempo afianzarán estas empresas sus beneficios y su control del poder.

En Occidente, la extrema derecha está movilizando a su favor a sectores tradicionales de la izquierda, principalmente porque la clase trabajadora que se identifica a sí misma como tal prácticamente ha desaparecido. No se trata de un fenómeno repentino, sino de una catástrofe a la que hemos asistido durante décadas como quien ve un accidente de tráfico a cámara lenta. La izquierda, desde los adalides del orden neoliberal hasta sus variaciones populistas más recientes, no ha logrado obtener resultados en la mayoría de países, ni tampoco convencer de manera significativa con a bases electorales. Su discurso sigue minado por la autocomplacencia, el miedo y las cuestiones simbólicas, en un intento fallido de desviar la atención de sus reclamos materiales. Estos últimos, como la vivienda y el coste de la vida, siempre han exigido esfuerzos estructurales mucho más serios. Esto también es cierto en lo que refiere una sociedad civil desmovilizada y desgastada. Bajo la apariencia de una nueva era de información y coordinación también para el activismo, los movimientos sociales han renunciado a la fuerza y la influencia de las masas en favor del performativismo digital y los espacios virtuales, permitiendo que las oficinas de concejales, ministros y parlamentarios se convirtieran en un desfile de lobbistas, intereses financieros y puertas giratorias. **En definitiva, las fuerzas progresistas han fracasado primero en su análisis del problema y luego en constituir una alternativa.** Por su parte, con su particular estilo de antiglobalismo neonacionalista, las fuerzas reaccionarias, aliadas en todo el mundo, han tenido tanto éxito en su diagnóstico como en su búsqueda de falsos culpables. Al instrumentalizar el miedo y alimentarse de sentimientos de incertidumbre, están tomando las riendas de un modelo extractivo que sigue sumido en una huida hacia adelante.

En este contexto, cabe esperar el abandono de valores que la extrema derecha considera ya viejos o disfuncionales y, aunque de manera errática, dada la complejidad del sistema, la continuación de las mismas tendencias estructurales que llevaron a esta anomia.

Este manual autoritario que ahora vemos aplicarse con tanta celeridad ha sido emulado en innumerables ocasiones. Los acontecimientos de los dos últimos años han reducido los ámbitos de actuación de periodistas y activistas, y hasta las discusiones técnicas sobre los fundamentos del derecho internacional o la Convenciones de Ginebra se han vuelto insostenibles en muchos espacios. Esto incluye retrocesos en la protección del medio ambiente y los derechos humanos, ataques a activistas y comunidades marginadas, y el uso indebido de instituciones democráticas para socavar la democracia y el Estado de derecho. Incluso en algunos espacios dedicados al análisis político, la incidencia o la sensibilización, mencionar la palabra 'genocidio' se ha vuelto un anatema. Es de esperar que, a corto y medio plazo, asistamos a un aumento de la fragilidad de las relaciones interinstitucionales a todos los niveles, inclusive a crisis constitucionales de primer nivel en algunos países. Es probable que esto solo empeore a medida que las democracias occidentales redoblen sus esfuerzos para perseguir disidentes. En ese sentido, **proporcionar espacios físicos y sociales neutrales y seguros para el debate será de capital importancia.**

20

UNA RAZÓN DE SER PARA EUROPA

Europa se enfrenta a una decisión existencial, una que posiblemente ya haya tomado en lo que respecta al genocidio de Gaza: o se resigna a ser un museo de experimentos políticos, arrastrada por las antojadas corrientes de EE.UU., o se actualiza y transforma hasta tener algo verdadero que

ofrecer. En su devenir actual, arriesga a sacrificar su contribución más social y característica al mundo moderno —el Estado del Bienestar— ante el altar de la seguridad, el militarismo y la paz armada. En conjunto, y de acuerdo con las últimas estadísticas, la UE de los 27 invierte 2,7 veces más en sus ejércitos que Rusia, y aproximadamente lo mismo que China. Un área de unos 400 millones de personas hace el mismo esfuerzo militar que otra que abarca 1.300 millones. De mantenerse su trayectoria actual, esta tendencia sólo puede empeorar. Una seguridad europea adecuada debería promoverse a través de protecciones sociales y de una agenda de desarrollo compartida y horizontal que involucre a sus vecinos del Sur Global de manera justa y transparente. Para ello, debería dejar de lado su dirección geopolítica actual, especialmente en lo que refiere a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en favor de una política exterior basada en una paz verdadera.

A corto plazo, acorralados por los más que probables cambios en las políticas de seguridad y comercio de Estados Unidos para con la región, se espera que los principales actores europeos intenten desempolvar sus conocida defensa del orden mundial reglamentado. Esto significa alejarse cada vez más de nociones vagas como el llamado «mundo libre» —al que los estadounidenses recurren a menudo para justificar necesidades circunstanciales— y redoblar la defensa del marco multilateral —uno convenientemente conservador. Por muy hipócrita que sea, esta posición es útil para quienes busquen promover la solidaridad y el desarrollo, y debe ser explorada a fondo.

Para desarrollar un programa verdaderamente unificador que pueda hacer frente a una internacional altamente coordinada de fuerzas reaccionarias, la izquierda europea debe volver a aquello por lo que siempre destacó: tender puentes entre todos los estratos de la ciudadanía democrática, implicar y revitalizar a

las organizaciones progresistas, los sindicatos, las empresas socialmente responsables, los académicos, los profesionales, etc. Debe atreverse a enarbolar la bandera de causas sociales como la vivienda y el coste de la vida, y de reivindicaciones universales como el derecho a migrar y a refugiarse con dignidad.

DESCOLONIZACIÓN Y NIVELACIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE EUROPA Y EL SUR

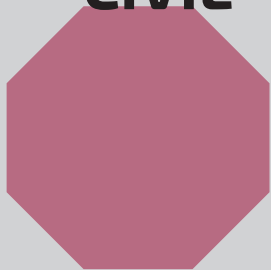
Como se ha mencionado anteriormente, la tormenta reaccionaria a la que nos enfrentamos ahora es consecuencia directa de la desigualdad global y de la historia colonial, especialmente en lo que respecta a Europa, África y Oriente Medio. La propagación del populismo racista que inunda el Norte global se alimenta principalmente de una rápida sucesión de crisis para las que los migrantes y refugiados se han convertido en chivos expiatorios. Es elocuente que muy pocos en Europa señalen los intereses geoestratégicos y financieros que sustentan sus dinámicas neocoloniales, desestabilizando regiones —y mercados— y perturbando liderazgos efectivo, particularmente en África. Recordemos que los conflictos liderados por Estados Unidos y la OTAN, como los de Libia e Irak, fueron presentados como actos de liberación. En cambio, dejaron tras de sí estados fallidos y subsiguientes oleadas de migración masiva. En el Sahel, la caída de Muamar el Gadafi marcó el inicio de un efecto dominó de éxodo y desplazamientos, conflictos inter-étnicos y un aumento de grupos extremistas compitiendo por llenar el vacío de poder. También vale la pena recordar que la UE dio millones de euros en transferencias directas de cooperación a las Fuerzas de Apoyo Rápido (RSF) sudanesas —la facción del ejército detrás de la actual guerra civil que devasta el país—, para garantizar que los migrantes y refugiados no lograban cruzar la frontera para dirigirse hacia el Norte, hacia su territorio.

Los riesgos asumidos por la UE al apoyar el genocidio en Gaza y su silencio cómplice ante la ocupación israelí en el Líbano y Siria amenazan mucho más que su relato interno sobre ese supuesto orden global reglamentado. Sin lugar a dudas, la desestabilización en cadena del Mediterráneo oriental traería nuevas oleadas de refugiados al continente, a un ritmo potencialmente mayor que en 2015, y en medio de una creciente inestabilidad económica. Teniendo en cuenta que fue precisamente mediante la instrumentalización de las consecuencias sociales del austericidio y los miedos a la crisis migratoria que la extrema derecha alcanzó sus cotas actuales, la falta de esfuerzos estratégicos por la paz por parte de la UE debería preocuparnos en extremo.

El mundo no es un compartimento estanco. Cuando los asuntos regionales y las crisis de seguridad se abordan mediante un intervencionismo irresponsable y no mediante el empoderamiento del autogobierno, decisiones como las tomadas en Libia tendrán siempre repercusiones más allá del continente durante años. Dadas las circunstancias, es absurdo pretender que este cambio de paradigma pueda llevarse a cabo apelando únicamente a la sensibilidad moral de Europa. Mientras la UE siga analizando las transformaciones sociopolíticas de sus vecinos, especialmente África, a través de una lente colonial —paternalista, cuando no cínica—, seguirá atrapada en su propia miopía estratégica. Seguirá inquietándose al ver su propia influencia sustituida por la de terceros actores geopolíticos capaces de ofrecer acuerdos de interés mutuo que se alineen con la voluntad de los pueblos del Sur. Y es que nunca habrá objetivos más estratégicos que garantizar la estabilidad de tu vecino. Descolonizar las relaciones de Europa y el Sur Global requiere necesariamente un reinicio franco y transparente de sus dinámicas históricas con África, entre otros. En lugar de insistir, por ejemplo, en democratizar África, Europa debería considerar africanizar o «surificar» su propia. Esto significa entender el compromiso democrático a través de identidades y culturas sociales tan únicas como las de sus vecinos, no solo en aras de la adaptación regional y la optimización de su posición, sino también para mejorar el modelo democrático en sí mismo; democratizándolo, y ampliando sus formas, contribuyendo al patrimonio político mundial con el ingenio transformador y la experiencia histórica crítica del pueblo africano y de tantas otras naciones del sur.



ACCIÓN JURÍDICA Y CIVIL



24

LA JUSTICIA, EN EL BANQUILLO

El genocidio de Gaza es no es un acto de autodefensa, sino una agresión militar sin paliativos. La comunidad internacional ha fracasado estrepitosamente a la hora de detenerlo y ha sido incapaz de evitar que se extienda a Cisjordania e incluso al Líbano. La responsabilidad de estos actos, en cualquier caso, recae inequívocamente sobre Israel. Este es el primer genocidio colonial que se lleva a juicio ante un tribunal internacional. Gaza y el resto de Palestina han estado expuestos a tres crímenes de guerra simultáneos: genocidio, castigo colectivo y limpieza étnica. Aunque limitadas y endeble, las sanciones, las medidas provisionales de la CIJ, las órdenes de detención de la CPI, las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas (AGNU), etc., tienen consecuencias que van más allá del mero daño reputacional a Israel y que ponen de manifiesto la debilidad de la gobernanza mundial. Queda mucho por hacer para reforzar la aplicación de esas consecuencias a nivel político, simbólico, jurídico y práctico, ejerciendo todo tipo de presiones sobre Israel y sus aliados.

La campaña de desprestigio y las amenazas de sanciones contra el personal de la CPI y el fiscal principal Karim Khan, así como contra el secretario general de la ONU, Antonio Guterres, el comisario general de la Agencia de la ONU para los Refugiados Palestinos (UNRWA), Antonio Lazzarini, y la relatora especial Francesca Albanese, son solo la punta del iceberg de de una estrategia que aspira a intimidar a todos los defensores globales de la justicia. Esto queda en evidencia con el carácter eminentemente personal de dichos ataques, dirigidos en exclusiva a los propios funcionarios y activistas, pero nunca construyendo argumentos capaces de contestar sus posiciones. A nivel global, esta dinámica es extensible a la criminalización de la protesta pacífica en todo Occidente. Estamos siendo testigos de una creciente represión contra activistas

medioambientales y pro-derechos humanos para desprestigiar la protesta pacífica. Esta estrategia va desde la estigmatización mediática y la censura digital hasta el procesamiento judicial y los cortes de financiación a determinadas organizaciones, pero también incluye la suspensión y sanción de servidores públicos. Activistas de carrera y ciudadanos de a pié estándose activamente vilipendiados y convertidos en objeto de escarnio. En no pocos países, son sometidos a formas de acoso y violencia que el Estado nunca está dispuesto a perseguir.

En lugares como Alemania y el Reino Unido, se está restringiendo decididamente la actividad de las Organizaciones No Gubernamentales (ONG) pro-palestinas, incluso con mediante la creación de legislación específica. Abogados, médicos, periodistas y demás trabajadores de sectores regulados se han enfrentado a amenazas laborales y escrutinio, lo que está provocando un aumento de acciones clandestinas. Esto se extiende a movimientos que ya han sufrido una represión significativa, como la campaña medioambiental —véase las acciones emprendidas contra los movimientos *JustStopOil* y *Extinction Rebellion*—. En algunos casos, las autoridades han llegado a tildar a estos grupos de organizaciones terroristas y a aplicar tipos jurídicos de excepcionalidad para su enjuiciamiento.

Como han señalado muchos a lo largo de este último año, cuando países que se autoperciben democráticos se unen para perseguir y enjuiciar a quienes critican a un aliado que está perpetrando un genocidio, eso significa que la democracia y los derechos democráticos han sido dilapidados, para el mundo tanto como para sus propios ciudadanos. Palestinos, funcionarios internacionales, activistas, todos están siendo atacados por igual. Y tan vulnerables como son por separado, sin embargo, la sociedad civil en su conjunto es de todo menos impotente. No importa su enorme diversidad y

su fragmentación actual, este ataque sin cuartel retrata con elocuencia hasta qué punto el *statu quo* teme su potencial.

REIVINDICANDO EL DERECHO INTERNACIONAL

Como se sugiere a lo largo de este documento, el derecho internacional se aplica con rapidez y eficacia siempre que Occidente lo desee o lo permita. La CPI apoyó a los fiscales ucranianos sobre el terreno en Kiev para detener y juzgar a criminales de guerra rusos, condenándolos y encarcelándolos durante una guerra activa y en una zona de conflicto. De hecho, no hay mayor problema en cuanto a los mecanismos disponibles, que sus mismos garantes. El de Gaza es, con diferencia, el genocidio mejor documentado de la historia —incluidas la premeditación declarada, políticas específicas y la perpetración grabada y infundada de un sinnúmero de violaciones—, con pruebas de crímenes de guerra y otras violaciones que se acumulan incluso después de que entrara en vigor el último alto el fuego—enero de 2024—.

Recordemos que el genocidio es la destrucción de un grupo total o parcial, sostenida por una premeditación o intención demostrable. Dicha intención no debe ser confundida con el motivo. La intención no es la idea en la mente de quienes lo planean o ejecutan. La intención es la determinación constatable de destruir total o parcialmente a un grupo humano a través de actos criminales como el asesinato, la inflexión de dolor físico o mental severo, o mediante la destrucción de sus condiciones de vida. A pesar de su abierto desprecio hacia el derecho internacional —algunos ya han sugerido sin tapujos que los crímenes internacionales no pueden aplicarse a las naciones occidentales y ni a sus aliados—, la virulenta campaña de desprestigio contra las cortes internacionales revela una verdad incómoda con

potencial para cambiar la dinámica multilateral durante décadas: los aliados de Israel saben que, una vez que un juez lo suficientemente imparcial admita el caso a trámite, fallará a favor de los palestinos. A partir de ese momento, el riesgo de perder por completo el control de la relato crece exponencialmente, incluso para aquellos que ya hacen caso omiso de todos los veredictos legales.

EL MOMENTO DE LA SOLIDARIDAD ES AHORA

26

No importan la constante cortina de humo política y el estilo de reality televisivo con el que la Administración Trump pone el listón de salida en sus negociaciones, cambiando el guión de la dinámica internacional. Lo que está sucediendo en Gaza y el Líbano está destinado a seguir haciendo eco en todo el mundo —especialmente en el Sur Global—, moldeando la forma en que la humanidad se ve a sí misma, a sus naciones y al futuro de Oriente Medio. Hoy más que nunca, dada la inestabilidad del sistema -mundo y las oportunidades y riesgos que emanan de él, es impensablemente necesario impulsar un movimiento internacional sostenible y eficaz que defienda los derechos de los palestinos y se oponga a la limpieza étnica y al régimen de *apartheid*.

A lo largo de 2024, al menos mil millones de cuentas independientes han publicado sobre Palestina en las redes sociales de forma constante —al menos tres veces al mes—. Esto supera con creces a cualquier otro acontecimiento del año, desde el Mundial de Fútbol hasta Taylor Swift. No hubo nada de la misma magnitud en todo el transcurso del genocidio. Es la primera vez desde la Primavera Árabe que se producen tantas movilizaciones globales en torno a una única cuestión. En semanas clave, se vieron entre 15 y 20 millones de personas tomando las calles por Palestina. Históricamente, esto habría sido suficiente para transformar la

política. Ante estos hechos, es de vital interés entender Israel como un experimento de Occidente para redefinir aquello que constituye un estado moderno y una democracia. Hasta hace no tanto, la sociedad civil era un elemento definitorio de esta ecuación, pero los entornos digitales lo han cambiado todo, introduciendo simulacros y acción y participación performativas. A su vez, el vacío que dejó tras de sí la verdadera sociedad civil se ha ido llenando con organizaciones sin contenido.

Aunque de forma fragmentada, los movimientos antirracistas y medioambientales, incluyendo a activistas de primera línea como Greta Thunberg, han liderado la respuesta social contra el genocidio desde sus respectivas causas, agrupándose *de facto* en manifestaciones contra el colonialismo. Más pronto que tarde, llegarían las acusaciones espurias de antisemitismo. En ese sentido, tal como se ha comentado detalladamente en ediciones anteriores de este informe, sigue siendo de crucial importancia involucrar a movimientos y organizaciones judías afines en la primera línea de la lucha por la justicia y contra el colonialismo. Sigue siendo un motivo de consternación global que la yuxtaposición falaz y malintencionada del relato nacional israelí con los derechos y la dignidad del pueblo judío hayan convertido las atrocidades históricas cometidas en su contra y sus preocupaciones culturales más arraigadas en armas contra la justicia.

También vale la pena mencionar que muchos en el movimiento de solidaridad continúan deslegitimando la noción de resistencia armada, principalmente gracias a la tergiversación de nociones como el terrorismo. Esta no es una táctica única ni mucho menos nueva. Ha sido utilizada por las potencias coloniales durante siglos para movilizar a su favor a la opinión pública, llegando incluso a justificar agresiones de falsa bandera. Debe quedar absolutamente claro que esto no significa que todos los actos de

terrorismo sean actos de resistencia y liberación, o que la violencia contra población civil sea de ningún modo admisible. Pero no deja de ser cierto que bautizar por defecto todo acto de resistencia armada como como terrorismo inexcusable es parte de una estrategia diseñada para esconder la opresión y agresiones de diversos estados contra grupos étnicos y pueblos menores, que son el epicentro de estas espirales de violencia. Incluso un examen superficial de los cambios de las garantías procesales, derechos y libertades ciudadanas en las democracias liberales desde el inicio de la llamada Guerra contra el Terror revela un patrón extremadamente preocupante. Como se expone detalladamente en CAF_2022 —con el propio Israel como caso de estudio—, la securitización industrial, el abuso de los marcos de excepcionalidad y el bienestar perdido por los dividendos de la guerra retroalimentan un bucle de militarización que perjudica tanto a las élites como a los ciudadanos de a pie.

Para desvelar la doble moral que apuntala este discurso basta con comparar las listas de líderes golpistas del Sur avalados o rechazados por Occidente, o bien examinar su historial intervencionista mediante el despliegue y la financiación de milicias rebeldes, así como otros intentos de desestabilización. Muchos deberían recordar que Nelson Mandela rechazó taxativamente la posibilidad de que el Congreso Nacional Africano (CNA) depusiera las armas durante las negociaciones de paz, afirmando que la resistencia es crucial para la paz y los acuerdos negociados, no al revés. Para cuando Mandela fue elegido presidente, tiempo después, podría decirse que se había convertido en el político más respetado del mundo. La mayoría de líderes estadounidenses andaban siempre pendientes de cualquier oportunidad que surgiese para hacerse una foto con él. Irónicamente, Mandela seguiría durante años en su lista oficial de los terroristas más buscados. A pesar de todo lo

anterior, esta narrativa occidental que disfrazaba el intervencionismo de operaciones contraterroristas tan morales como contingentes ha tenido mejores días. Esto se debe al impacto combinado de un ecosistema mediático nuevo y aún disperso tanto como al desprecio aislacionista y desacomplejado de Occidente para con el sistema internacional. Cuanto más se incline el mundo hacia un entorno multipolar no alineado, menos impacto global podrá esperarse de tales relatos. En ese sentido, por mucho que nuestras sociedades necesiten urgentemente nuevos marcos regulatorios para luchar contra la desinformación, las consecuencias de reformas opacas y antidemocráticas así como el advenimiento de la censura algorítmica son, cada vez más, motivo de preocupación.

ACERCA DE LAS MOVILIZACIONES UNIVERSITARIAS DE EE. UU.

Incluso teniendo su profundo impacto en las últimas elecciones estadounidenses, no es aventurado afirmar que la inusitada oleada de protestas que tomó los campus universitarios del país en 2024 fracasó. Pese a todo, con ella se han sentado las bases de un movimiento —que todavía en 2025 sigue bajo asedio— con un enorme potencial, pero que aún no ha terminado de impactar las realidades sobre el terreno. En consecuencia, los activistas y manifestantes pro-palestinos de los campus se han enfrentado a formas cada vez más intensas de represión, escrutinio y represalias. Muchas universidades han aplicado restricciones específicas a convocatorias y convocantes pro-palestinos mediante estrategias como la censura administrativa y las campañas de silenciamiento. En muchos casos, las mismas administraciones universitarias colaboran con organizaciones externas para rastrear actividades pro-palestinas, tachándolas de potencialmente peligrosas o incluso de señalando a sus promotores como terroristas y extremistas. Esto tiene una repercusión

determinante en sus expedientes académicos y en términos de oportunidades profesionales. Tanto profesores como estudiantes han sufrido además represalias académicas específicas y la aplicación de medidas disciplinarias en su contra por expresar sus opiniones pro-liberación en las aulas. Muchos profesores han sido amenazados con perder sus plazas, su trabajo e incluso con ser deportados, además de sufrir campañas de difamación, hostigamiento y vilipendio en las universidades. Ni siquiera faltan estudiantes de origen judíos prácticamente excomulgados de sus sinagogas, hogares y lugares de culto por involucrarse en la defensa los derechos humanos.

Y contra todo pronóstico, esta represión puede tener un efecto radicalizador. Con Trump en la Casa Blanca y a juzgar por las acciones indiscriminadas emprendidas por su Administración para remodelar el funcionamiento del Estado, cabe esperar que la persecución de las ideas pro-palestinas empeore. En opinión de varios expertos, la lucha política que dará forma al futuro de la movilización en los campus y la libertad académica en EE.UU. se librará en última instancia en la Universidad de Columbia. Si el status quo pierde allí, habrán perdido a toda una generación. Si ganan, controlarán de forma definitiva los sistemas de nombramiento y de acceso a cátedras y puestos permanentes, definiendo en términos prácticos lo que es posible enseñar o decir, y criminalizando el uso de cualquier palabra o idea de su elección dentro de las aulas, tanto en lo que a estudiantes como a profesores se refiere.

REDESCURBIENDO LA SOLIDARIDAD

Los últimos acontecimientos parecen indicar que las acciones de globales de protesta, especialmente en EE.UU., están redescubriendo el valor de la solidaridad como una forma de expresión y de ocupar el espacio. No en vano, podemos decir que las medidas represivas han

tenido como objetivo atacar la condiciones de esta solidaridad como fenómeno tanto o más que al ejercicio de la libertad de expresión. Resulta pertinente reflexionar, sin embargo, sobre las razones por las que ha sido necesario redescubrirla en absoluto. La destitución de la solidaridad como valor social en EE. UU., particularmente en sus entornos académicos, nos lleva al auge del pensamiento neoliberal, ya desde 1970. A través de este paradigma, el sufrimiento humano en Occidente pasó a entenderse como un problema de empatía, un dispositivo que sólo funciona de individuo a individuo. Desde entonces, esta trampa conceptual nos haría creer que, para comprender la injusticia, primero debemos identificarnos por analogía con las heridas de quienes la sufren, entendiéndola mediante nuestra propia experiencia. En sí, esto ha dado lugar a la proliferación de una cultura del agravio. Esta narrativa de que las personas deben verse unas a otras como seres humanos particulares es falaz: los seres humanos ya estamos cognitiva y moralmente equipados para identificarnos con nociones universales.

Es más, uno de las principales consecuencias de este paradigma es la inacción. Intentar dar respuesta colectiva a las circunstancias individuales de sus partes hace práctica y logísticamente imposible luchar contra un genocidio, ya que supone sortear todos los aspectos sistémicos y estructurales de la injusticia misma. La solidaridad verdadera solo necesita de la acción, de la protesta en el espacio. Conceptualmente, supone identificarse con las luchas, derechos y libertades de otros sin obligarse a un ejercicio de agravio personalizado. Y aquí merece la pena destacar que la historia de la causa Palestina, al igual que la de todas las demás luchas decoloniales, no es solo el relato de un pueblo victimizado, que es como pretende retratarla parte de la narrativa occidental. En ese sentido, tampoco es de extrañar que los medios de comunicación tradicionales sigan queriendo difundir la idea de

que el movimiento de solidaridad se ha quedado sin aliento. En el Sur, en cambio, la lucha está impulsada por la resistencia, por valores éticos; es universal y representa una causa justa contra la opresión, encabezada por mayorías sociales que no están dispuestas a rendirse.

CONSIDERACIONES PRÁCTICAS ACTUALIZADAS PARA LA ACCIÓN JURÍDICA Y CIVIL

Como se expone detalladamente en las consideraciones estratégicas de OCTAGON_2023, muchos elementos **cruciales para constituir un movimiento de solidaridad siguen sin explorarse**: los medios y contactos de la diáspora Palestina, capital, influencia, acceso a fondos soberanos, empresas con valores compatibles, actores estatales dispuestos —especialmente en África y el resto del Sur Global—, e incluso la conquista simbólica de espacios como los deportes y los estadios —especialmente el fútbol.

Las vías de incidencia en la esfera política de las que disponemos están en un callejón sin salida. A la hora de superar ese marco, **la principal cuestión estratégica pendiente es dilucidar cómo utilizar este movimiento de masas para perturbar los sistemas de poder**, considerando su resiliencia actual. Varias organizaciones han comenzado a mapear los centros de gravedad institucionales contra los que la acción civil pacífica repercutiría en cadena a través del mundo occidental, impactando administraciones más receptivas que nunca a la posibilidad de un cambio, ahora que reina la incertidumbre. La etapa de análisis generaistas ya ha pasado y está en manos de la gente estudiar y compartir nuevas vías de acción.

El derecho internacional puede ser dúctil si pretende aplicarse sin el apoyo coercitivo de sus garantes occidentales. No obstante, tiene un

potencial significativo para el bloqueo político y administrativo que puede marcar la diferencia. Las vías legales nacionales, por su parte, tienen un potencial escasamente aprovechado. Como se aborda a fondo en OCTAGON_2023, es posible y urgente encabezar una estrategia más amplia y coordinada contra políticos facilitadores, empresas colaboracionistas y reservistas que hayan incurrido en violaciones demostrables del derecho internacional. Esto último implica especialmente a titulares de doble nacionalidad que, en casos como el del Reino Unido, han entrado y salido del país sin problemas a pesar de ser signatario del Estatuto de Roma. Lo mismo puede decirse de los criminales militares israelíes viajando por placer a otras jurisdicciones, especialmente en países del Sur Global. Existen pruebas constatables de violaciones en todas las redes sociales. Combinar hasta el software más básico de reconocimiento facial con el trabajo de abogados *pro bono* y redes de voluntarios puede llevar muchos casos a tribunales nacionales, creando auténticos quebraderos cabeza para la política exterior de Israel e impactando en el estilo de vida de sus ciudadanos. Los delitos de lesa humanidad no contemplan la libertad bajo fianza debido al riesgo de fuga, por lo que, si se plantean adecuadamente, la prisión preventiva de posibles delincuentes internacionales podría seguir alimentando el debate nacional y global en torno a la cuestión.

En lo referente al genocidio, las respuestas políticas más eficaces hasta ahora son las de gobiernos que han seguido incluso parcialmente las recomendaciones de la sociedad civil y del movimiento Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS). Para un movimiento de solidaridad, sigue siendo crucial vincular problemas internacionales y universales con la opresión a nivel local y nacional. Tanto en Occidente como en el Sur Global, la sociedad civil tendrá que aceptar la necesidad de operar de forma proactiva con los actores estatales, encontrando formas de disipar la tensión que la



Foto_ **Enrico**_CC BY 2.0

política inflige a las causas sociales. La dinámica política interna y las presiones externas a las que se enfrentan los políticos tienen efectos irremediables en la sociedad civil. Al igual que con las instituciones internacionales, involucrarlos podría inducir desgaste, pero no hacerlo conduce también a múltiples daños.

A raíz de la represión y las tendencias internacionales a la escalada del conflicto, una estrategia de solidaridad eficaz debe operar en todos los ámbitos para impulsar un refuerzo positivo a la causa Palestina, la medioambiental y al resto de frentes sociales. Debe aupar a perfiles políticos comprometidos y valientes, y liderazgos sociales. Es también urgente optimizar las redes internacionales de apoyo político y facilitar un asesoramiento adecuado para prevenir errores evitables. Desde Lula hasta Anwar Ibrahim, desde Petro y Boric hasta Cyril Rampahosa, el Sur Global debe promover el posicionamiento de países hermanos, especialmente aquellos que están alejados del tema o que carecen de experiencia particular en estos asuntos. Al mismo tiempo, será crucial trabajar para una mayor comprensión social del derecho internacional, sus mecanismos y sus múltiples implicaciones. Las instituciones jurídicas internacionales han contribuido enormemente a la protección de los derechos humanos y del medio ambiente gracias a casos históricos que han sentado jurisprudencia. Cabe recordar también que los relatores especiales de la ONU, por su parte, son expertos independientes y pueden apoyar a esfuerzos de comunicación e investigación para causas justas más allá de los marcos multilaterales a los que los confinamos.

Como se analiza en detalle en OCTAGON_2021, los movimientos sociales contemporáneos presentan una organicidad característica que los distingue del poder tradicional, pero este factor de legitimación se ha convertido en una debilidad a la hora de enfrentarse al poder mismo. Para materializar y

coordinar tácticas de organización, financiación y apoyo político óptimos, será crucial dividir el trabajo. Tejer redes resilientes entre los movimientos de base y las organizaciones más institucionalizadas de la sociedad civil es fundamental para realizar acciones complementarias en sus respectivas áreas de incidencia. También es fundamental estudiar la dinámica interna y las estrategias de las organizaciones que trabajan contra la liberación. La Alianza Internacional para el Recuerdo del Holocausto (IHRA, por sus siglas en inglés), por ejemplo, tiene un propósito geopolítico específico, pero sus capacidades sociales, mediáticas y políticas van mucho más allá: está estructurada como una organización internacional con países asociados y observadores, y sigue una agenda amplia y sistemática, trabajando con el mundo académico, los medios de comunicación y la sociedad civil, presionando a los legisladores desde el nivel municipal hasta el internacional para que aprueben leyes específicas que protejan sus intereses.

La Asamblea General de las Naciones Unidas ha fijado una fecha límite para el fin de la ocupación y el desmantelamiento de los asentamientos ilegales israelíes en Palestina: el 20 de septiembre de 2025. Para esa fecha, conviene constituir iniciativas legales y civiles capaces de presionar a Estados miembros, llamándolos a revisar todas sus relaciones oficiales con Israel, incluidas las estratégicas, militares, diplomáticas y culturales.

ACERCA DE LA PARÁLISIS DE LA ONU



32

EL MULTILATERALISMO BAJO ATAQUE

En lo que respecta al gazacido, la ONU no ha logrado hasta ahora hacer cumplir sus propias resoluciones, incluidas las de la AGNU, la del Consejo de Seguridad (CSNU), la opinión consultiva de la CIJ sobre la ocupación y las medidas provisionales contra el genocidio. Estas son solo la punta de un iceberg de décadas de requerimientos multilaterales incumplidos por Israel. Incluso ahora, tras acordar un alto al fuego, la población de Gaza sigue hambrienta y carece de acceso a la asistencia humanitaria más básica. La ONU también ha fracasado a la hora de denunciar públicamente que en 2024 se produjo un aumento sin precedentes en los ataques contra la propia organización, hasta batir récords históricos. Dejando a un lado la proliferación de la retórica anti-ONU por parte del aparato de estado israelí y varios líderes occidentales —incluido el desprecio del que hizo gala el primer ministro Netanyahu desde el propio atril de la Asamblea General—, las fuerzas israelíes han atacado con artillería y francotiradores a más del 70% de las instalaciones de la UNRWA, inclusive cuando albergaban civiles buscando refugio. Esto ha provocado la muerte, mutilación y lesiones permanentes de 237 miembros del personal de la ONU solamente en Gaza. Hasta la misión de los Cascos Azules en el sur del Líbano ha sido atacada por las FDI. Israel ha orquestado campañas de difamación contra el personal de la CIJ y la CPI, relatores especiales y líderes extranjeros críticos con sus actos. En plena crisis humanitaria, se ha llegado a impedir a la UNRWA, la organización multilateral con más arraigada y familiarizada con el terreno, operar legalmente en los territorios palestinos ocupados. Hasta el mismo Secretario General de la ONU ha sido declarado persona *non grata* en territorio israelí. Todo esto ha ocurrido sin un debate serio y abierto sobre la suspensión de la membresía de Israel en la organización.

Naturalmente, el fracaso de las Naciones Unidas puede extenderse a la mayoría de sus Estados miembros. Occidente y gran parte del Sur global —salvo honrosas excepciones— han evitado promover medidas sólidas para resolver, siquiera para mediar, en la perpetración de un genocidio en vivo y en directo durante dos años por parte de uno de sus aliados. A nivel nacional o internacional, ningún sistema jurídico puede mantenerse si sus propios garantes cuestionan su viabilidad y legitimidad. Al hablar de relaciones multilaterales, en última instancia corresponde a los Estados miembros reconocer y aplicar las consecuencias jurídicamente vinculantes de los actos ilícitos y deliberados. Por mucho que estas decisiones no estén, obviamente, exentas de represalias hegemónicas, congelar toda cooperación con la ocupación israelí y comprometerse a la reparación se convierte en un acto de justicia tanto como una reclamación de soberanía. En ese sentido, las Naciones Unidas y, por extensión, sus Estados miembros, también son responsables de la situación actual y general de Oriente Medio, en particular de la espiral de violencia en Israel-Palestina. La comunidad internacional ha permitido que el asunto escale, se agrave y salga de control, a pesar del flujo constante y continuo de violaciones. La UNRWA o el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas (CDH) han marcado la diferencia para los palestinos, pero no el sistema en su conjunto.

Más allá de todas las complejidades del orden internacional, si el genocidio en continúa, la ONU pasará a la historia como el organismo que creó Israel y supervisó la eliminación de Palestina.

HACIA UN PACTO DEL FUTURO

A pesar de que apenas arañó la superficie de los problemas en materia de gobernanza económica, la Cumbre del Futuro sí destacó por señalar de

una vez por todas al elefante en la habitación: las deficiencias del modelo de gobernanza en sí mismo. Este debate, pospuesto ya muchas veces, ha marcado la agenda apuntando a las fallas que lastran la cooperación internacional, y forzando al mundo a reflexionar sobre la naturaleza, el alcance y la calidad del multilateralismo. En los últimos años, incluso el Secretario General Antonio Guterres ha llegado a criticar el estado de la gobernanza global, que sigue basada por diseño en el poder, pero que está cada vez más dominada por las grandes potencias, y ahora también actores privados. Esto está llevando al desplazamiento de las normas y estándares de la ONU, los compromisos en materia de derechos humanos y los tratados medioambientales; en favor de las fuerzas del mercado, especialmente las de los sectores tecnológico y financiero.

La ONU se creó hace unos 80 años, cuando apenas existían o eran independientes 51 estados-nación. Desde entonces, el modelo ha beneficiado cada vez más a actores hegemónicos globales y regionales, y estos, a su vez, se han vuelto extremadamente reacios a perder esos privilegios. Desafortunadamente, el Pacto del Futuro contiene lenguaje legal peligroso en varios puntos, como el que respalda, por ejemplo, promover modelo de accionistas del Banco Mundial (BM) —un dólar, un voto—. Otra carencia crucial del Pacto es que no aborda el estado del Consejo de Seguridad, ni, como decíamos, las mecánicas que sustentan la arquitectura financiera internacional. Estos son, sin duda, los elementos más destacados de un modelo de gobernanza global fallido y antidemocrático, que sigue plagado de instrumentos de veto, protegiendo asimetrías de poder y la distribución de cuotas en los foros y mecanismos de toma de decisiones: desde el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) o la Organización Mundial del Comercio (OMC), hasta los mecanismos de

arbitraje entre inversores y Estados, etc. Cabe mencionar que la gran mayoría de los Estados miembros de la ONU está a favor de abolir los vetos, algo que trasciende la división Norte-Sur. Incluso el G4, en su última reunión, di muestras de estar a favor de renunciar al veto del Consejo de Seguridad de la ONU por un período provisional de 15 años, a la espera de una revisión interna para garantizar el apoyo a esa posición.

En todo caso, cara analizar las tendencias que darán forma al Pacto del Futuro, resulta más productivo examinar los procesos que los resultados. De borrador a borrador, el lenguaje general, por ejemplo, parece haberse modulado significativamente en favor de la independencia de las instituciones financieras internacionales y en torno a la institucionalización del poder de las agencias de calificación crediticia. El Sur Global, por su parte, presentó una gran cantidad de propuestas innovadoras, como gravar a las personas físicas de alto patrimonio neto, a pesar de que la mayoría quedara reducida en última instancia a «se explorarán opciones».

34

EL STAKEHOLDERISMO Y EL FUTURO DE LAS CONFIGURACIONES ALTERNATIVAS

Históricamente, desde las alianzas históricas hasta proyectos como la Sociedad de Naciones, ha quedado demostrado son las guerras lo que paso a nuevos sistemas de gobernanza global. Sin embargo, igual de cierto es que las guerras son también lo que los destruyen. Por ahora, carecemos de un movimiento internacional amplio e integrador, capaz de construir un rumbo normativo para el próximo orden internacional. Y es que este esfuerzo no puede depender solo de estados-nación. Para lograr un multilateralismo verdaderamente comprometido con la solidaridad y la equidad, el mundo necesita sentar las bases para un nuevo movimiento

No Alineado de naciones que se aleje de las mentalidades belicistas de suma cero, permitiendo que los espacios complementarios y los acuerdos regionales se conviertan en alternativas funcionales a las formas actuales de gobernanza global. A decir verdad, no es tanto la falta de visiones creativas o incluso de políticas específicas lo que obstaculiza su participación, sino la desigualdad y las asimetrías mismas, que actúan como barreras infranqueables para una agenda común.

A pesar de los crecientes llamamientos a descentralizar la interacción multilateral mediante marcos alternativos/regionales, hay que reconocer que la ONU sigue teniendo un potencial transformador determinante. Por lentos que resulten en su periplos para sortear vetos y navegar formalismo burocrático, existen muchos mecanismos disponibles que solo requieren paciencia y algo más de apoyo por parte de Estados miembros para llevarse a cabo. Como se ha mencionado más arriba, la Asamblea General ha logrado recientemente impulsar una convención-marco para acordar un impuesto mínimo global. Sin importar su lentitud, esta iniciativa no requeriría apoyo unánime ni la aprobación del Congreso de los Estados Unidos, y podría implementarse de forma independiente. Es poco sorprendente que los países que controlan la OCDE estén poco entusiasmados con el hecho de que esta iniciativa haya llegado a buen puerto, considerando sus numerosos intentos para derribarla o para llevar la cuestión a foros en los que tengan control total sobre el resultado. A largo plazo deberán abordarse cuestiones más profundas relacionadas con el bienestar económico y social de la humanidad, como por ejemplo: ¿es impensable proponer la expulsión del FMI y del BM de la estructura de la ONU, dados lo diferentes que son sus modelos de gobernanza y sus valores, y cuántos países no los ratificaron formalmente, ya que aún no se habían independizado? Pensando más allá de la ONU, además, es pertinente tener en cuenta que crear instituciones internacionales es más

complicado que dismantelarlas: las ya existentes tienden a persistir, disminuidas, ineficaces e inoperantes, pasando a ejercer de chivos expiatorios, dispersando los esfuerzos internacionales y acaparando recursos económicos cruciales.

También aquí, en relación a actores estatales e interestatales, es esencial diferenciar entre la sociedad civil y los movimientos sociales de base, trabajando por su complementariedad. Los activistas expertos capaces de incorporarse a mesas de negociación y paneles oficiales son tan cruciales como organizadores de base conectados con el pulso de la calle. Ambos son elementos imprescindibles de una misma correa de transmisión, que vincula a la sociedad con las dinámicas del proceso multilateral. Sin duda, el mundo echa en falta una asamblea de la sociedad civil en la sede de la ONU, pero es casi imposible hacerla accesible y verdaderamente representativa en términos de costes logísticos y burocracia. Será interesante ver cómo se lleva a cabo ese tipo de trabajo a nivel de las capitales de los estados, de manera que los movimientos nacionales se involucren en el calendario de la ONU.

En cualquier caso, la participación de la sociedad civil en como parte del llamado modelo de *stakeholderismo* de la ONU es una cuestión controvertida. Muchos apuntan a que las últimas medidas para contrarrestar la progresiva falta de encaje de la sociedad civil en la organización son intentos encubiertos de debilitar la influencia de estados miembros pequeños y medianos. A falta de concreción en torno a lo que constituye una organización civil, este modelo podría terminar favoreciendo a actores no estatales de financiación poco transparente, alineados con los intereses de las corporaciones y las grandes potencias. En ese sentido, la sociedad civil es naturalmente mucho más diversa que los estados miembros y sus intereses, y cualquier reforma transparente y justa debe reflejar esta realidad, delimitando claramente

los criterios y principios de elegibilidad. Aun en tiempos de incertidumbre, muchos movimientos sociales que guardaban las distancias con los espacios multilaterales —por entenderlos como instancias problemáticas o ineficaces— se están dando cuenta de que es dañino abandonarlos del todo. Si bien a duras penas permiten resultados transformadores en términos positivos, no pueden ser ignorados para a la hora de evitar cambios para peor. En este sentido, la sociedad civil global debe recordar que la Carta de las Naciones Unidas contempla otorgar a ONGs estatus consultivo en el marco del Consejo Económico y Social (ECOSOC). Por arduo que sea el proceso, esto constituye un derecho de participación que debe ser ejercido y reclamado. De lo contrario, el ECOSOC, igual que tantas otras instancias en la organización, quedará como una agencia que seleccione su composición a conveniencia, atrayendo sólo voces complacientes.

LA ÚLTIMA FRONTERA: DESARROLLO JUSTO Y JUSTICIA MEDIOAMBIENTAL

36

LA FIEBRE GLOBAL Y EL VIRUS DE LA MENTALIDAD COLONIAL

Sigue siendo crucial señalar cómo el poder económico y político está imbricado también en el espacio de los derechos sociales. Como ya se ha referido, al tratar de dirigir la atención del poder hacia el cambio y la justicia, los activistas y los movimientos de base deberán competir con *lobbies* influyentes, muchos de ellos movidos por intereses extractivos contrarios al bien común. En última instancia, este desequilibrio condiciona el triunfo de las causas sociales a su capacidad de movilización de unas mayorías sociales hoy muy vulnerables al control y la polarización de los medios de comunicación. Sin embargo, debemos recordar que los derechos humanos, el ecologismo, la lucha sindical y la lucha por la justicia de género e incluso el periodismo independiente pueden ser instrumentalizados también para evitar el cambio que buscan. El impacto en el periodismo internacional del cierre de la Agencia de EE. UU. para el Desarrollo (USAID) y los muchos intentos de amordazar a la sociedad civil palestina con fondos condicionalidades deberían ser motivo de reflexión.

Es evidente que estos fenómenos son solo elementos superficiales de un problema subyacente y mucho más complejo de «poder blando» y dominación cultural. Como ejemplo ilustrativo, incluso aquellos países del Sur Global carentes de un historial problemático de endeudamiento presentan formas de austeridad internalizada en sus políticas. Estas se deben a un adoctrinamiento hegemónico tan profundo como sutil. Solo en el campo de la economía podríamos describir durante horas como infinidad de conceptos técnicos arrastran limitaciones y connotaciones semánticas inherentes, bloqueando enfoques innovadores y arándanos a doctrinas que ya han demostrado no funcionar. Durante décadas, las naciones en desarrollo han tenido que hacer frente al desafío de recuperar la

independencia económica tras el supuesto éxito de su emancipación política. Toda la arquitectura financiera internacional, sus instituciones de gobierno y las redes y normas comerciales que sustentan el suministro y la producción de nuestro mundo funcionan bajo un sistema legal, descaradamente asimétrico, perfeccionado con el objeto de fortalecer a las corporaciones y legitimar el saqueo de recursos. Como dicen algunos en el Sur Global, «jugamos siguiendo las reglas y los mandamases jugaron con nosotros». En la línea de lo ya sugerido a colación de sus relaciones con Europa, el Sur Global y la sociedad civil en general deben embarcarse en una descolonización colectiva de la mente llevará generaciones.

La humanidad está traspasando todos los límites planetarios en lo que refiere al consumo no sostenible de recursos, la contaminación y perturbación ambiental. Estos impactos también son consecuencias sistémicas del colonialismo europeo y su modelo de depredación de los recursos, así como de un sistema de opresión global basado en la racialización, el supremacismo y el racismo sistémico, impulsado por gobiernos y empresas. De estos últimos, no es casualidad que ambos, pero especialmente las empresas, estén detrás de buena parte del auge de la extrema derecha y de la emergencia climática, beneficiándose de la extracción, la contaminación, la mercantilización y la militarización de todos los recursos y todos los aspectos de la vida humana; desde el agua, la empatía y el ocio hasta el miedo, el conocimiento, las semillas o el suelo. A pesar de la careta autocomplaciente y progresista tras la que hasta hace muy poco se escondían, estos nunca han dejado de ser intrínsecamente racistas. Su desprecio por las vidas y los medios de subsistencia de los pueblos del Sur Global, especialmente de las comunidades indígenas, no solo los deja expuestos a un daño ambiental cada vez mayor, sino que continúa articulando su opresión.

En sí mismo, el cambio climático no es un problema ambiental; en realidad es poco más que el fracaso de un modelo socioeconómico de producción y suministro basado en la tecnología, que destruye el planeta. En ese sentido, cabe recordar que hay una delgada línea entre el pragmatismo y la legitimación. Es por esto que la mercantilización y adaptación al discurso hegemónico de muchas iniciativas medioambientales y no pocos grupos conservacionistas ha terminado por hacerlos parte del problema. Gracias a ellos, los intereses financieros han desarrollado y desplegado tácticas de distracción evidentes, como los mercados ecológicos, los bonos Panda, los fondos de sostenibles y un sinfín de falsas soluciones.

No es de extrañar que el informe de evaluación del Panel Intergubernamental de Expertos sobre Cambio Climático (IPCC) de 2022 haya señalado por primera vez al colonialismo, describiéndolo como un problema grave y vigente —una afirmación que antes sólo tenía cabida en las narrativas sobre la justicia climática. Por pragmática que al final siempre haya de ser esta lucha, es un hecho que la justicia climática, incluso la reparación más básica de los daños medioambientales, nunca se lograrán mientras el colonialismo siga vigente. No en vano, la lucha climática consiste, en última instancia, en reintegrar de forma sostenible los sistemas humanos en sistemas naturales más amplios, y las perspectivas coloniales carecen de la voluntad de perseguir resultados universales, pues no se mueven en razón de un bien común. Por definición, no están moral ni prácticamente equipadas para emprender un cambio real que permita lograr sistemas sostenibles. Al contrario, aspiran a la explotación de todos los recursos posibles y a la creación de un bio/tecnopoder al servicio de actores privilegiados.

DETENER EL EFECTO *BOOMERANG* DE LA INJUSTICIA

Uno de los principales obstáculos jurídicos que subyacen al escenario actual son las protecciones internacionales de la propiedad intelectual (PI), que irónicamente se establecieron para proteger la misma innovación que ahora obstaculizan en favor de la concentración de riqueza y poder. Desde la suspensión selectiva de las patentes durante la epidemia de COVID-19 hasta los derechos especiales de giro que se concedieron para proteger exclusivamente las finanzas occidentales, **sobran ejemplos de por qué el derecho internacional marca una diferencia crucial y por qué nos afecta a todos. El problema sigue siendo que su eficacia y sus concesiones dependen de la voluntad de sus custodios.**

38

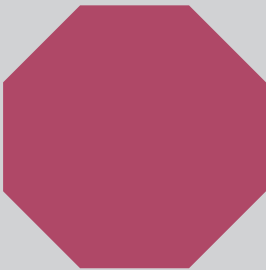
Como ya se expone en secciones anteriores, es incuestionable que el derecho internacional y sus instituciones tienen orígenes controvertidos y claros sesgos estructurales. Pero también es cierto que albergan diversos mecanismos pensados para impugnar la injusticia o, al menos, obstaculizar su avance. Mecanismos, además, cuya fundación y consolidación ha sido extremadamente ardua. El intento fallido de instaurar un Nuevo Orden Económico en la década de 1970 es testimonio de las manifiestas dificultades para superar este marco, tanto como el renovado impulso para una fiscalidad global ajena a la OCDE —y las tensiones que motiva— lo de oportunidades inexploradas. El mero hecho de que las grandes empresas tecnológicas hayan abierto oficinas de lobbistas en Nueva York para intervenir en las próximas negociaciones del Pacto Mundial Digital ya es suficientemente elocuente. Como seguimos sugiriendo en estas líneas, mientras las mayorías sociales no estén al mando, todo aquel llamado a defender un futuro justo deberá aferrarse hasta a la última grieta posible en espacios políticos que determinarán nuestro futuro sea como sea.

Además de una solidaridad genuina y desinteresada, el argumento moral definitivo para defender la justicia frente al genocidio es que lo que vemos perpetrarse en Gaza no es una excepción. Los argumentos prácticos definitivos deberían llamarnos a reconocer que, incluso antes de la COVID, la explosión inflacionaria de la guerra ruso-ucraniana y los últimos episodios de guerra comercial, la economía del mundo ya se estaba alejando del patrón hegemónico al que se había visto sometida todo este tiempo. Como se expone más arriba, las sociedades occidentales están saltando a los brazos de la derecha autoritaria en razón del daño progresivo a sus condiciones materiales—debido a su vez a varios factores estructurales superpuestos. El sueño americano y europeo del bienestar de clase media, el que en su día se exportó torticeramente a todo el mundo, está en crisis total. La idea del consumo como estilo de vida no es incidental, sino el factor articulador por antonomasia de todo el modelo de desarrollo global. Durante décadas, la autosuficiencia se ha considerado pasada de moda y hemos visto a economías enteras replantearse en torno a la exportación. En el Sur Global esto supuso que naciones enteras se convirtiesen en proveedoras de mano de obra barata y materias primas de fuentes finitas, ganarían valor agregado en algún otro punto de la cadena de producción, enriqueciendo a otros. Pese a que resulte irónico, los actuales partidarios de la extrema derecha se han radicalizado al ver sus economías nacionales y personales destruidas por una deslocalización industrial cuya prioridad siempre fue maximizar el beneficio de sus accionistas. Las corporaciones que hoy facilitan el auge de los líderes de extrema derecha han sido también las principales beneficiarias del mismo sistema que hoy radicaliza a sus votantes. En última instancia, son las dinámicas de explotación colonial y neoliberal las que se les han vuelto en contra.

El descaro de la doble moral colonial también queda en evidencia en la animadversión occidental hacia el modelo chino. Siguiendo sus reglas y estabilizando

una economía nacional de escala estable, basada en el consumo, China parece haberse convertido en una en la amenaza por antonomasia para el sistema. Esto pone de manifiesto que, en realidad, la competencia es una amenaza para el sistema, no un incentivo. No sorprende que, en las economías occidentales actuales, el *laissez-faire* neoliberal, tan desacreditado desde hace ya tanto, esté finalmente dando paso un resurgir de la planificación de políticas industriales y la protección de sectores estratégicos en nombre del interés nacional. Por desgracia, muchos de estos debates parecen cooptados por intereses financieros comprometidos con un intervencionismo neocolonial manifiesto, modelos de feudalismo tecnológico e incluso con la agresión territorial, con las naciones del Sur Global a la cabeza. Es por esto que la impunidad demostrada en el genocidio de Gaza también debería considerarse una preocupación inmediata, tan moral como práctica, para las mayorías globales. El Sur Global sigue siendo un concepto dúctil, carente de aspiraciones conjuntas y espacios para la acción unitaria, pese a lo cruciales que estas terminarán siendo..

Sin embargo, el papel político del Sur no debe confundirse con su posición geográfica. La contribución final de espacios como los BRICS no es sino su potencial transformador de la dinámica económica, y un liderazgo que puede predicar con el ejemplo. En tanto a que estados-nación, sus miembros se enfrentan a desafíos diferentes y se encuentran en distintas etapas de desarrollo, pero hay algo que une inequívocamente sus intereses: la el desarrollo justo y la justicia ambiental son contrahegemónicos por definición. Esto no significa necesariamente que debamos esperar de ellos un apoyo unánime e incondicional a favor de las causas de liberación. Sin embargo, su presencia en cuestiones como la redefinición del desarrollo o la cooperación climática independiente cambia las reglas del juego, y por ende contribuye a la posibilidad de una solidaridad más amplia.



CONCLUSIONES

La humanidad se encuentra en la cúspide de una era de fragilidad sistémica. Podemos observarlo desde las relaciones internacionales hasta la economía, desde el planeta en su conjunto hasta las características sociopsicológicas, las ideologías e incluso el liderazgo. En medio de desafíos cada vez mayores y una crisis de creatividad y profundidad política, el mundo se está viendo obligado a explorar sus propias deficiencias. A medida que las falacias que enjaulaban nuestra forma de pensar se resquebrajan, aplastadas por su propio peso, esta fragilidad se convierte tanto en un riesgo como en un factor liberador.

En este momento, las principales preguntas prácticas y morales que debemos plantearnos son:

- ¿Cómo promover aún más la acción no alineada entre los actores estatales, así como entre los florecientes movimientos políticos en el Sur Global en tiempos de una política exterior estadounidense basada en la intimidación y empeñada en los castigos ejemplarizantes?
- ¿Cómo replantear un paisaje geopolítico cada vez más anárquico y más volcado hacia la confrontación abierta, reorientándolo en torno a la necesidad apremiante de actuar contra el cambio climático y la promesa incumplida de justicia social?

Los hilos que conectan el genocidio de Gaza, el creciente reaccionarismo, la injusticia económica y medioambiental y la omnipresente dinámica colonial solo pueden cortarse con el retorno decisivo de una solidaridad global genuina. Para alcanzar ese objetivo y para aquellos dispuestos a asumir el mando, hay un amplio espacio y mucho trabajo exhaustivo y urgente por hacer —tanto burocrático como intelectual—. Desde seguimiento e impacto, documentación, negociación y capacitación, hasta la creación de redes, la transformación organizativa, la comunicación, la participación pública y civil, y el ejercicio de presión en las instancias adecuadas —desde agricultores y trabajadores industriales hasta concejales de distrito y legisladores.

Una cosmovisión centrada en el poder está condenada a orientar nuestros enfoques al realismo pragmático, manteniéndonos pesimistas, concentrados y alerta. La visión humanista, en cambio, siempre embarcada en la exploración de la ética y la creación de sentido, guiará de forma natural a nuestra mente colectiva hacia la búsqueda de ideales universales. En tiempos cada vez más difíciles, nuestras frías evaluaciones y pensamientos estratégicos deben ser guiados por la implacable posibilidad de la esperanza, manteniéndonos, si no haciéndonos, cada vez más humanos. **La crisis local de Gaza ofrece ideas para superar el colonialismo global, mientras que la crisis climática global nos enseña a integrarnos con las realidades ambientales locales en todas partes.**

commonactionforum.net